

Un lector

Fernando Butazzoni

Publicar un libro siempre es, para el autor, un acontecimiento extraño. En el caso de una novela, durante varios años uno convive con un mundo inventado pero auténtico, irreal pero verdadero. Un mundo que a nadie más parece importarle porque nadie tiene noticia de su existencia. Uno dialoga con personas de fábula y las modela, las convierte en personajes, les otorga atributos, hace que hablen, que amen, que vivan o mueran. Uno dibuja paisajes, levanta estructuras, fabrica puentes. Uno imagina.

Durante años un novelista vive partido en dos: cada mañana se despierta con la certeza de que deberá afrontar sus tareas sociales, su labor civil, su gestión doméstica o lo que sea que hace en la vida y, a la vez, sabe que la historia que él construye lo espera, agazapada, para seguir creciendo, y que ella le demandará también un inmenso consumo de energía espiritual.

Hasta que un día, un día raro que no aparece en los almanaques, ese embrujo se rompe porque los personajes llegan al final del recorrido. Se bajan, se van, desaparecen, no están más con el autor, lo abandonan. Así es como la historia llega a su fin.

Entonces viene el difícil trance de la aceptación: la novela ha sido terminada, y no queda otra cosa por hacer que publicarla, o por lo menos intentarlo. Casi siempre pasa algún tiempo entre ese punto final de la ficción, y su materialidad como objeto, como libro. Hay lecturas, correcciones, desvelos, arrepentimientos, ansia. Un día el editor llama y muestra el diseño de la tapa, dice cuántas páginas tendrá exactamente el libro, el tipo de papel y otros detalles. Hay novelistas que publican sus ficciones a toda velocidad, como si temieran que, engavetados, los personajes perdieran su poder de convicción y se quedaran sin sangre. Hay otros novelistas, en cambio, que pueden tardarse años en tomar la decisión, pues siempre encuentran algo que modificar, una coma que quitar, una frase para mejorar. Y hay muchos escritores —algunos de ellos notables novelistas— que nadan contra la corriente, y los editores no quieren publicarlos porque no venden, porque sus libros tienen muchas páginas, porque nadie los conoce o porque los conocen demasiado. Razones puede haber miles, formas para el rechazo también.

Así que, cuando por fin el libro es publicado, cuando esos años de sueños y pesadillas llegan al final definitivo para el autor, se produce un quiebre, una ruptura: eso que está ahí ya no le pertenece al que lo escribió. Ni siquiera pertenece al vasto territorio de la literatura ni a los lectores en general, sino que ese mundo inventado pasa a ser propiedad de cada lector en particular. Pertenece al alma de cada lector. Habrá quienes se sientan reconfortados por esa lectura, otros tal vez la aborrezcan, muchos serán indiferentes ante ella y una inmensa mayoría con seguridad ni siquiera sabrá que existe. Pero no importa. Para el autor nada de eso importa porque siempre habrá alguien que lea. Un único lector vale la pena. Tocar el alma de alguien desconocido, aunque sea uno solo en todo el universo, es un don maravilloso.

Esta es una columna interesada: acabo de publicar un libro y quiero contar lo que siento, lo que he sentido cada vez. Y quiero agradecerle a ese lector único que tengo, a ese que me envalentona cuando la cobardía me gana, cuando asoma el desaliento o la más inquietante y común de las preguntas que se hace cualquier artista: ¿para qué? Ese lector, esa alma necesitada justamente de eso, es la respuesta. Uno escribe porque en alguna parte su lector está a la espera. Hay millones de libros en el mundo, y parecería que ya nada más puede decirse. Hace poco leí un libro extraordinario, de un autor desconocido: un judío que sobrevivió al Holocausto y contó su historia. ¡Tanto se ha escrito sobre eso! Hay tantas novelas y testimonios, tantos poemas, tantas películas... Y sin embargo, cuántas primicias hallé en ese libro! Su autor, húngaro, se llamaba Bela Szolt y la novela se titula "*Nueve maletas*". La recomiendo con fervor. El autor murió, luego de horribles sufrimientos y humillaciones, hace más de medio siglo, y su obra recién se publica en español, y hace muy pocos años fue rescatada del olvido en Hungría. No sé si tiene muchos lectores el señor Szolt, pero a mí me dejó un legado doloroso y brillante, único. Él escribió con palabras de verdad, y eso siempre debe agradecerse. No importa que él ya no viva, ni que haya pocos lectores suyos en el mundo. Su semilla ha fructificado.

Al fin y al cabo, eso es un lector: una semilla que en algún momento da su fruto. La gratitud del escritor es inmensa, porque sabe que su lector, el que a él le ha tocado, en alguna parte va a estar, alguna vez, leyéndolo. Y al leerlo lo hará. Y así, al hacerlo, ese único y anónimo lector se convertirá en el verdadero artífice de su existencia, para permitirle sobrevivir, aunque sea un instante, como creación suya. Quiero homenajear hoy, en esta columna, a Bela Szolt, judío y escritor, muerto en 1947, y en él a todos los escritores y a todos los lectores. Quiero celebrar la breve vida de Szolt y sus palabras de verdad. Quiero brindar por esa semilla, que es su victoria.